

PRESENTACIÓN

ANTIGUAS Y NUEVAS PERSPECTIVAS SOBRE EL FINAL DE LOS TIEMPOS

El final de los tiempos...

Pero incluso para el final hay un principio, y el de esta obra colectiva está relacionado indudablemente con la moda del año 2012 en relación con un posible cambio de ciclo, de era o incluso el fin del mundo –según las diferentes perspectivas e interpretaciones– anunciado por los mayas para el solsticio de diciembre de este año. Ese día llega a su término el baktún 13 del antiguo calendario de cuenta larga, denominación de un calendario vigesimal no repetitivo, empleado por varias culturas de Mesoamérica a partir del período Preclásico Tardío. Según algunas inscripciones de calendarios del sistema de cuenta larga halladas en antiguas ciudades mayas como Quiriguá y Cobá, la fecha de la conclusión de la presente era cosmogónica correspondería al último día del mencionado baktún¹. No obstante, no tenemos ningún tipo de registro o conocimiento que avale la suposición de que los mayas creyesen que el mundo se terminaría en el 2012. Y pese a ello, las teorías sobre profecías mayas respecto al fin del mundo o un pretendido “cambio cósmico” han proliferado en los últimos años de forma creciente, creando esa moda generalizada a la que aludía, en la que se inscriben todo tipo de productos de difusión y pseudo-científicos, desde películas y novelas sobre catástrofes mundiales hasta libros pretendidamente serios.

También han influido las recientes catástrofes naturales en diversas partes del mundo que han tenido un impacto muy significativo en la percepción global sobre estos fenómenos, dado que por primera vez en la historia de la humanidad, los medios de comunicación de masas han estado presentes para retransmitirlos prácticamente en directo y a escala planetaria: el tsunami de Indonesia de 2004, la erupción del volcán Eyjafjallajökull en Islandia en 2010, los terremotos de Haití y de Chile del mismo año o el terremoto y tsunami de Japón de 2011 serían algunos de los ejemplos más recientes y relevantes.

En realidad, todo ello ha sido una excusa tan válida como otra cualquiera para plantear un tema monográfico, de carácter histórico, riguroso y científico, como el que se presenta en estas páginas.

1 SITLER, R. K.: «The 2012 phenomenon: new age appropriation of an ancient mayan calendar», *Novo Religio: the Journal of Alternative and Emergent Religions*, nº 9 (3), Berkeley, University of California Press, feb. 2006, 24–38. Ver en general DEFESCHE, S.: *The 2012 phenomenon: A historical and typological approach to a modern apocalyptic mythology*, Amsterdam, Universidad de Amsterdam, 2007.

Cuando nos referimos al final de los tiempos, en realidad podríamos estar haciendo alusión a toda una serie de concepciones y fenómenos de distinta índole y variadas denominaciones, de menor o mayor resonancia social, cultural o religiosa: cambio de ciclo, fin de una era, fin de una civilización, fin del mundo, Apocalipsis, Día del Juicio Final, etc. La noción del final de los tiempos o la amenaza de ese final en la Antigüedad se refiere, de este modo, a diferentes perspectivas sobre el fin del mundo o de sus concepciones, el fin de una civilización, el fin de un pueblo, de una edad, de una época, de una ciudad, de una forma de vida, de la libertad, de la identidad etno-cultural, con un sentido eminentemente catastrófico.

Y esas catástrofes podían ser también de distintos tipos. Pensamos inmediatamente en catástrofes naturales, pero del mismo modo en catástrofes concebidas como tales y/o provocadas por la mano del hombre. Entre las primeras, surgen enseguida las erupciones volcánicas y su amplia gama de consecuencias, también los seísmos –ya sean de origen tectónico o volcánico–, maremotos de diversa índole –del latín *mare* y *motus*, mejor que el ahora muy difundido término japonés *tsunami*–, inundaciones, cambios del tiempo atmosférico, plagas, epidemias e incluso meteoritos. Además, hay que tener en cuenta que algunas de estas catástrofes pueden darse simultáneamente o de modo progresivo, siendo algunas causa de otras. Pero también podríamos pensar en catástrofes concebidas como tales y/o provocadas por la mano del hombre: desde el final de civilizaciones o de imperios a la caída o destrucción de ciudades capitales o enclaves centrales o muy significativos para un pueblo o civilización, o la ruina de sus elementos más característicos, guerras y rebeliones, la aniquilación de flotas o ejércitos completos con consecuencias nefastas, invasiones, persecuciones, etc.

Las percepciones e inquietudes en torno a uno y otro tipo de catástrofes tuvieron su eco en las religiones antiguas, en forma de explicaciones mitológicas o teológicas, pero también en busca de la ayuda o del perdón de los dioses por las ofensas cometidas. Esa interpretación religiosa de las catástrofes como “castigo divino” que se abatía sobre el hombre fue indudablemente un poderoso elemento en manos de los sacerdotes de distintos cultos en diferentes culturas y civilizaciones, usado para reforzar su propia importancia y su control ideológico-religioso sobre el resto de la población, incluyendo en ocasiones a sus propios gobernantes políticos. Las catástrofes, percibidas como expresiones de la potencia del poder divino, generalmente en forma de ira desatada, se convirtieron en herramientas en manos de los sacerdotes de esos mismos dioses, aunque no siempre con un efecto positivo, pues en algunos casos, cuando los sacrificios, las consultas a oráculos y otros comportamientos religiosos no tenían efecto, era habitual que se abandonasen las normas religiosas. Pero en esas mismas percepciones generalizadas, el culpable de que esa cólera divina se desatase en forma de catástrofes era, casi invariablemente, el hombre que las acababa sufriendo.

Es evidente que el enfoque buscado para este monográfico se centra en la Antigüedad, como no podía ser de otro modo en una revista como ARYS, pero pretende superar –y sin duda lo hace– la manida perspectiva eurocentrista que habitualmente tenemos de la historia. Para la Edad Antigua esta perspectiva sería más bien “mediterráneo-centrista”, derivada de las raíces clásicas de nuestra cultura, pero extendida obligadamente a Egipto y el Medio Oriente. No obstante, el tradicional marco geográfico y cronológico de la Antigüedad queda desbordado al incluir, por un lado, la Europa septentrional, la India

y el Extremo Oriente, y por otro, la prolongación temporal de la Antigüedad Tardía a la Edad Media en algunos de esos casos, por medio del estudio de las influencias posteriores de las perspectivas religiosas antiguas y su pervivencia o presencia en las creencias y prácticas religiosas medievales o en la historiografía de esta época.

La internacionalidad del volumen monográfico está en consonancia con la creciente internacionalidad de la propia revista. Y esto se demuestra no sólo por los participantes, provenientes de 18 universidades e instituciones de investigación de ocho naciones europeas, ni por las lenguas utilizadas en la redacción de las contribuciones (inglés, francés, italiano, alemán, portugués y español), sino también por la extensión del contexto geográfico de las temáticas abarcadas en los diferentes estudios, correspondientes a diversos espacios del mundo antiguo: Egipto, el espacio mesopotámico y el Oriente Medio en general, el mundo griego, el mundo indígena prerromano, el mundo romano, la Europa septentrional y oriental, la India y el Japón.

Las contribuciones abordan distintas temáticas que podrían agruparse en torno a las concepciones de catástrofes y sus variadas percepciones, que hemos señalado más arriba. Comenzando por los desastres por causas naturales, hay algunas catástrofes de la Antigüedad tremendamente conocidas, algunas reales y otras legendarias. La ausencia de nombres como los del Vesubio, Pompeya, la Atlántida o el Diluvio sería del todo inexcusable. Por otro lado, arrojar una nueva luz sobre temas tratados de forma tan exhaustiva resulta complicado y analizar las perspectivas religiosas sobre esas catástrofes puede ser una cuestión muy compleja, pero es precisamente lo que tratan de hacer los autores de estos artículos: Bernard Sergent analiza la catástrofe de la Atlántida como parte de los hechos producidos con ocasión de los cambios de dirección de la marcha del universo, tal y como lo entendía Platón; Joaquín Sanmartín discute el acontecimiento de importancia cósmica que fue el Diluvio en la tradición babilónica, –tanto de lengua sumeria como acadia– donde supone una línea divisoria entre las dos grandes épocas de la historia de la humanidad, y en la tradición bíblica, un suceso configurado a partir de distintas inundaciones, algunas de ellas de enorme gravedad, y por distintas causas o por una confluencia de ellas, que fueron cuajando en la conciencia cultural mesopotámica hasta convertirse en un mitema; y Nuno Simoes pone en relación dos catástrofes muy conocidas del mundo antiguo, la del terremoto en Pompeya del 62 d.C. y la erupción del Vesubio del 79, por un lado, y el episodio bíblico de la destrucción de las ciudades de Sodoma y Gomorra, por otro, a través de una inscripción hallada en Pompeya que mencionaba las dos ciudades de la tradición veterotestamentaria.

No es la única contribución que trata de catástrofes volcánicas, ya que se incluye también un estudio, con una mayor carga de difusión, a cargo de Álvaro Berrocal, donde se presenta la erupción del Monte Fuji, en Japón, en el año 864 d.C., que marcó la concepción del mundo terrestre y celeste por la forma en que explicaron ese desastre las principales religiones japonesas antes de la llegada del Cristianismo, en una época que aunque en Europa sería catalogada en la Edad Media, pertenece todavía a la Edad Antigua nipona.

Sobre las diversas explicaciones de carácter racional o religioso acerca de los terremotos en la época de Justiniano, muchas de ellas como manifestaciones de la ira divina, versa el artículo de Sebastiano Busà, que incide en la instrumentalización de esas explicaciones por parte de los grupos disidentes paganos con la finalidad de atacar al Emperador o

por parte de los cristianos y del propio Emperador para reprimir la disidencia. Y las catástrofes naturales en su conjunto a lo largo de la época imperial romana, así como las distintas perspectivas religiosas sobre sus explicaciones y las consecuencias sociales, son tratadas en los artículos de Pedro Barceló y de Ana Alonso Venero. Entre las causas esgrimidas en algunas de las explicaciones de índole religiosa sobre esas catástrofes se encontraría otro desastre humano de los que también hemos mencionado: las persecuciones, en este caso, de los cristianos, hostigados por su manifiesta impiedad, entre otras cosas; una impiedad que también era considerada por los perseguidores como la causa de esas mismas catástrofes.

Si bien las plagas y epidemias aparecen mencionadas entre esas catástrofes naturales en conjunto, el único estudio que trata una de ellas, aun de forma secundaria, es el de Sorin Nemeti, que se centra en el análisis de posibles manifestaciones religiosas epigráficas que se han interpretado tradicionalmente como expresiones relacionadas con la Peste Antonina de los años 165-180 d.C., que devastó el Imperio Romano. Ante tamaña catástrofe, tales inscripciones se entenderían perfectamente en el marco de expresiones de religiosidad de gente desesperada que invocaba la protección de los dioses, aunque muchos se volcaron también hacia la magia. Para la misma época, bastaría recordar de igual modo la alusión satírica de Luciano de Samosata a la difusión de los versos de Alejandro de Abonutico en relación con la pretendida protección ofrecida por el oráculo de Glicón y el culto sanador de Asklepios, que éste favorecía; un verso protector que Alejandro habría difundido durante la pestilencia y que se veía escrito por todas partes sobre los marcos de las puertas de las casas, según nos dice Luciano, que acaba remarcando con ironía que particularmente se veía sobre todo en las casas vacías, cuyos ocupantes habían acabado pereciendo por la pandemia².

En lo que se refiere a las catástrofes provocadas por el hombre o concebidas por éste, el abanico parece aún mayor. Sociedad, conflicto, revuelta, guerra y fin del mundo, cambio de ciclo o renovación son algunos de los aspectos que marcan con claridad el carácter de cuatro concepciones religiosas apocalípticas de ámbitos culturales muy dispares: en el ámbito egipcio, Lucía Díaz-Iglesias revisa las alusiones al fin del mundo en textos mágicos y funerarios de distintas épocas para centrarse en el papel de Heracleópolis Magna como lugar donde, según esas referencias escatológicas, se produciría el levantamiento de dioses y humanos contra el dios creador y el posterior aniquilamiento de aquéllos, en un claro relato sobre la rebelión contra la autoridad divina con claras extrapolaciones en las concepciones socio-religiosas egipcias; Albert Hogeterp analiza textos del Qumrán y su influencia en la concepción apocalíptica sobre la catástrofe en el mundo judío; Fernando Wulff estudia el *Mahābhārata* en relación con la cuestión de los diferentes niveles de explicación de la masacre, de los problemas que plantea sobre el papel de los seres

² Lucian, *Alexander*, 36. Ver SFAMENI-GASPARRO, G.: «Alessandro di Abonutico, lo “pseudo-profeta” ovvero come costruirsi un’identità religiosa», en *SMSR* 20 (1-2), L’Aquila 1996, 565-590; *eadem*: «Alessandro di Abonutico, lo “pseudo-profeta” ovvero come costruirsi un’identità religiosa. 2. L’oracolo e i misteri», en BONNET, C. y MOTTE, A. (eds.): *Les syncrétismes religieux dans le monde méditerranéen antique: actes du colloque international en l’honneur de Franz Cumont à l’occasion du cinquantième anniversaire de sa mort, Rome, 25-27 septembre 1997*, Roma 1999, 275-305; HIDALGO DE LA VEGA, M^a.J.: «Hombres divinos: de la dependencia religiosa a la autoridad política», en *ARYS* 4, 2001, 211-229.

humanos y el de las propias divinidades ante el plan divino de exterminio expresado en la obra; y Rosa Sierra se centra en el ámbito nórdico para estudiar si el apocalipsis de su mitología o “Ragnarök” sería en realidad el final de los tiempos o del mundo, en la medida en que ese cataclismo no afectaría a todos los seres del universo por igual, incluidas las principales divinidades, de modo que podamos obtener una interpretación del papel simbólico y clave desempeñado por el Ragnarök en las concepciones religiosas nórdicas y su reflejo en la sociedad.

Casos más concretos de conflicto bélico, sus consecuencias catastróficas y las perspectivas sobre éstas nos presentan otros artículos, como el realizado conjuntamente por Daniel Gómez, Toni Naco y Jordi Vidal, en el que cada uno de los autores analiza un caso en la Antigüedad en diferentes zonas geográficas y épocas: el levante mediterráneo en la Primera Edad del Hierro, la Grecia Clásica y el tratado de paz conocido como la Paz del Rey, de 386 a.C., y la Roma tardorrepública, con el caso del posconflicto tras la primera guerra mitridática, finalizada en 85 a.C., donde se muestra también la instrumentalización político-religiosa de los cultos, e incluso la formación de la aureola legendaria en torno a la figura de Mitrídates VI Eupator mediante interpretaciones mesiánicas y augurios catastróficos apocalípticos.

Persecuciones, invasiones y destrucciones de enclaves centrales para distintos pueblos o civilizaciones enteras son los protagonistas de las perspectivas religiosas estudiadas en los seis artículos restantes del volumen monográfico, a veces de forma entremezclada. El saqueo de Roma por el visigodo Alarico en 410 d.C., que supuso un impacto tremendo para todo el Imperio Romano por el carácter “eterno” que se le concedía a la *Urbs*, supone una doble catástrofe por cuanto la destrucción o daños al enclave principal de la civilización romana se suman a la perspectiva catastrófica de las invasiones bárbaras, con sus explicaciones religiosas, tal y como nos muestra Rosario Valverde. La caída de Numancia, como enclave de primera importancia para los pueblos celtibéricos en Hispania y como símbolo de la resistencia contra Roma, así como las perspectivas religiosas en torno a ella constituyen el tema central de la contribución de José Ignacio San Vicente. Miranda Aldhouse-Green analiza la resistencia de los druidas de Britania y la caída del enclave central de la religión druídica en la isla de Mona en relación con las interpretaciones catastróficas en torno a los conflictos surgidos en el “Año de los cuatro emperadores”, la revuelta bátava de Julio Civilis y especialmente el mal augurio del incendio ocurrido en el Capitolio de Roma, hechos que habrían sido utilizados, todos ellos, por los druidas en la Galia y en Britania para incitar a la revuelta, como focos que eran del nacionalismo galo-bretón. Pedro Giménez de Aragón plantea nuevas hipótesis de datación para los textos apocalípticos judíos de *Marcos*, *Mateo* y la *Didajé*, en relación con los elementos catastróficos observables en la época y en ese ámbito, particularmente el asedio y destrucción de Jerusalén y del segundo Templo –núcleo de la religión judía– por el emperador Tito, en el año 70 d.C., y de la toma de la fortaleza y último núcleo de resistencia judía en Masada en el 73. Las concepciones apocalípticas judeo-cristianas son también las protagonistas del artículo de Jorge Cuesta, pero en este caso en relación con las persecuciones de cristianos y la caracterización de la figura de Nerón como encarnación del Anticristo, para lo cual analiza el pensamiento apocalíptico de Martín de Tours contenido en la obra de Sulpicio Severo. Y para finalizar con una perspectiva amplia que sea capaz de mostrarnos la persistencia de las percepciones religiosas antiguas

de la catástrofe en los siglos posteriores a la misma Antigüedad, el último artículo corre a cargo de este editor, que mediante un análisis historiográfico pone en relación las concepciones apocalípticas judeo-cristianas con las invasiones bárbaras, rastreando el problema de la identificación de los denominados como pueblos de Gog y Magog, como progenie del Anticristo, que encabezarían el profetizado final de los tiempos. Una perspectiva religiosa apocalíptica unida a un problema identitario que persistirían desde la Antigüedad hasta empezada ya la Edad Moderna, cuando volverían a cobrar actualidad ante una “postrera” amenaza de cumplimiento.

Estas son las catástrofes y las percepciones religiosas correspondientes que se analizan en este monográfico. Sin duda habría cabido hablar de otras muchas habidas en la Antigüedad y quizá más concretamente de ciertas catástrofes naturales, por lo cual, no puedo resistirme a la tentación de mencionar algunas de ellas, de distinto origen, pero que pudieron tener repercusiones religiosas de mayor o menor importancia.

Entre los desastres originados por una erupción volcánica, si la del Vesubio del año 79 es la más conocida, mucho mayor y más catastrófica fue la del volcán de la isla de Thera, actual Santorini, que las investigaciones geológicas más recientes datan en torno a los años 1628 y 1627 a.C., en la Edad del Bronce, y las arqueológicas y paleobotánicas en torno a 1550 a.C. Según algunas teorías, la explosión del cono volcánico debió causar un inmenso maremoto que asoló distintas zonas del Mediterráneo oriental, pero que especialmente podría haber causado de forma indirecta el colapso de la civilización minoica en Creta, o al menos la habría sumido en una crisis profunda de la que ya no habría de salir. Precisamente, ello podría haber inspirado la leyenda de la Atlántida. Y por otro lado, sus efectos –como la enorme nube de ceniza, la piedra pómez o el granizo volcánico– se habrían dejado sentir en Egipto, junto con una importante actividad sísmica en la confluencia de las fallas tectónicas en la zona del Delta del Nilo. Estas catástrofes han sido interpretadas también como posible origen de las archiconocidas plagas que aparecen en el relato bíblico del Éxodo, pero también en textos egipcios, como la Estela de Ahmosis o el Papiro de Ipuwer. De este modo, el relato del Éxodo judío se habría inspirado en ellas y en la expulsión sucesiva y gradual, no puntual, de los hicsos y de pequeños grupos semitas que habitaban en torno a las ciudades de Avaris –la capital hicsa, donde se ha encontrado ceniza y piedra pómez del volcán– y Rameses, ya citada en el Papiro de Leiden 348, de la primera mitad del siglo XVI. La estela de Ahmosis explica las catástrofes mediante la imposición del poder de “Dios” –en singular– al igual que el texto del Éxodo las atribuye, como todos sabemos, al poder del Dios judío³. Estas perspectivas religiosas constatadas sobre las catástrofes son las que nos interesarían, más allá de las polémicas suscitadas por unas u otras interpretaciones

³ Estas teorías se vieron fuertemente popularizadas por el arqueólogo griego Spyridon Marinatos cuando él y su equipo descubrieron una antigua población sepultada durante milenios bajo 30 metros de cenizas volcánicas, en Akrotiri, al sur de la isla, a finales de la década de 1960. REDFORD, D.B.: *History and Chronology of the 18th dynasty of Egypt: Seven studies*, Toronto 1967; *idem: Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton 1992; *idem: «Textual Sources for the Hyksos Period»*, en OREN, E. D. (ed.): *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia 1997, 1-44; WILSON, J. A.: «Egyptian Historical Texts», en PRITCHARD, J.B.: *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* (3ª. ed. con suplemento), Princeton 1969, 228-264; FERNÁNDEZ GARCÍA, D.: «Éxodo. ¿Realidad o leyenda?», en *Alcalibe* 11, UNED, 2011, 189-210.

sobre los intentos de “datar históricamente” los hechos referidos en un relato literario religioso-mítico como es el del Éxodo en la Biblia, que no podría circunscribirse a un solo hecho histórico como el de la expulsión de los hicsos, sino a una sucesión de éxodos de pequeñas dimensiones acontecidos en el transcurso de varios siglos, que habrían conformado una tradición anterior susceptible de permitir la elaboración del relato del Éxodo judío y su transformación en el mito nacional-fundacional del reino de Israel y, evidentemente, de la religión judía.

Un episodio de grave cambio del tiempo atmosférico, percibido como catastrófico y causado a su vez por algún otro tipo de catástrofe no registrada en otra parte del mundo, fue el enfriamiento de los años 535 y 536 d.C. en el hemisferio norte, referido por Procopio de Cesarea cuando se refería a las guerras del Imperio Bizantino bajo Justiniano contra los vándalos:

«Durante este año tuvo lugar el signo más temible. Porque el sol daba su luz sin brillo, como la luna, durante este año entero, y se parecía completamente al sol eclipsado, porque sus rayos no eran claros tal como acostumbra. Y desde el momento en que eso sucedió, los hombres no estuvieron libres ni de la guerra ni de la peste ni de ninguna cosa que no llevara a la muerte. Y sucedió en el momento en que Justiniano estaba en el décimo año de su reinado»⁴.

La catástrofe causante del cambio atmosférico fue una potente erupción volcánica o quizá el impacto de algún cometa o meteorito. En cualquier caso, causó un extenso velo de polvo atmosférico que a su vez provocó el clima fuera de estación, malas cosechas, y hambrunas en distintas partes del mundo, con perspectivas religiosas que se extienden desde Bizancio hasta el mundo escandinavo, por ejemplo. En este último caso se ha sugerido que el cambio atmosférico de 536 y las hambrunas consiguientes causaron gran número de sacrificios con importantes cantidades de oro realizados por las élites escandinavas al final del período de las migraciones, posiblemente para aplacar la cólera de los dioses y pedirles que volvieran a darles la luz normal del sol⁵.

En la misma época, quizá relacionada con la anterior, estuvo la pandemia conocida como Plaga de Justiniano, que golpeó al Imperio Bizantino en los años 541 y 542, que tuvo nuevos brotes esporádicos en el ámbito mediterráneo y después extendida al norte de Europa, a Dinamarca y a Irlanda, hasta aproximadamente el año 767, con el consiguiente impacto en la historia de Europa⁶. Ya se ha mencionado la Peste Antonina, que aparece referida en varios artículos del presente volumen. Y otra conocida epidemia de la Antigüedad fue la peste de Atenas durante la Guerra del Peloponeso, entre el 430 y el 427 a.C., que según las fuentes acabó con un tercio de la población del Ática –en torno a unas 50.000 víctimas, Pericles entre ellas– y contribuyó a poner fin a la hegemonía ateniense, ya que Esparta y otras ciudades peloponésicas no resultaron afectadas. Resultan

4 Procop., *De bellis*, 4.14.

5 AXBOE, M.: «The year 536 and the Scandinavian gold hoards», en *Medieval archaeology* 43, 1999, 186–188. Ver también ROSEN, W.: *Justinian's flea: plague, empire and the birth of Europe*, Londres 2007.

6 LITTLE, L. K. (ed.): *Plague and the End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*, Cambridge 2006.

muy ilustrativas algunas perspectivas religiosas en torno a esta catástrofe: Plutarco y Tucídides nos informan de las habladurías del pueblo ateniense, que culpaba a Pericles de la peste por hacinar a los refugiados y permitir a los campesinos que se instalasen en el terreno vacío del *Pelargikon* bajo la Acrópolis, que debía quedar sin habitar según lo prescrito por el oráculo pítico, por lo que la peste no era sino el justo castigo de Apolo por incumplir la instrucción⁷. Por otra parte, Pausanias mencionaba la existencia en su época de un templo a Apolo en Figalía, en la parte septentrional del Peloponeso. Los locales daban al dios el epíteto de *Epikurios* por haber salvado a la localidad de la peste, mientras que los atenienses se referían a este Apolo de Figalía como *Alexicatos*, por haber librado finalmente a los supervivientes de la peste de Atenas de los efectos de ésta, gracias a sus ritos ancestrales. Además, es muy probable que Sófocles utilizase la epidemia ateniense como modelo para introducir la peste en Tebas en *Edipo Rey*, donde es interpretada como un castigo divino por alguna falta oculta y desconocida, que finalmente resultaba ser –el hecho es por todos conocido– el incesto involuntario de Edipo⁸.

Podríamos encontrar una catástrofe mayúscula en relación con los fenómenos de inundaciones si nos remontamos incluso hasta época prehistórica, con la formación del Mar Negro en torno al año 5600 a.C., cuando el Mediterráneo habría roto el dique del Bósforo y habría inundado la planicie inferior y los lagos de agua dulce existentes en lo que en la Antigüedad fue conocido como el Ponto Euxino. Época prehistórica, de acuerdo, pero aunque se sigue debatiendo sobre el tema, se han desarrollado teorías que vinculan esta catástrofe con una percepción religiosa general de castigo divino en los pueblos que pudieron escapar a la terrible inundación, algunos de los cuales se dirigieron al norte de Mesopotamia. De este modo, esas teorías asocian las concepciones primigenias del Diluvio Universal con esta catástrofe, ya que además, los emigrantes habrían partido de la parte oriental del nuevo mar y habrían pasado junto al monte Ararat de la tradición cristiana⁹, o deberíamos decir mejor el país de Ararat, que es como realmente aparece mencionado en el Antiguo Testamento, el montañoso reino de Urartu, en idioma asirio¹⁰.

7 GERVAIS, H.: «A propos de la peste d'Athènes. Thucydide et la littérature de l'épidémie», *Bulletin de la Association Guillaume Budé* 4, 1972, 395-429; POOLE, J.C.F. y HOLLADAY, A.J.: «Thucydides and the Plague of Athens», *Classical Quarterly* 29, 1979, 282-300; ALSINA, J.: «¿Un modelo literario de la descripción de la peste de Atenas?», *Emérita* 55, 1987, 1-13; MORGAN, T. E.: «Plague or poetry? Thucydides on the epidemic of Athens», *TAPhA* 124, 1994, 197-209.

8 *Ibidem*. Sobre la peste de Atenas ver también LITTMAN, R.J. y LITTMAN, M.L.: «The Athenian Plague: smallpox», *TAPhA* 100, 1969, 261-275; LONGRIGG, J.: «The Great Plague of Athens», *History of Science* 18, 1980, 209-225; *Idem*: «Epidemic Ideas and Classical Athenian Society», en RANGER, T. y SLACK, P. (dir.): *Epidemic and Ideas. Essays on the historical perception of Pestilence*, Cambridge 1992, 21-44; MORENS, D. M. y LITTMAN, R. J.: «Epidemiology of the Plague of Athens», *TAPhA* 122, 1992, 271-304.

9 RYAN, W. R. y PITMAN, W.: *Noah's Flood: The New Scientific Discoveries About the Event That Changed History*, Nueva York 1998.

10 En la versión de la Biblia del Vaticano, Génesis 8,4: “que el decimoséptimo día del séptimo mes, el arca se detuvo sobre las montañas de Ararat”; 2 Reyes 19,37: “Un día, mientras estaba postrado en el templo de Nisroc, su dios, Adramélec y Sarecer, sus hijos, lo mataron con la espada, y se pusieron a salvo en el país de Ararat. Asarhadón, su hijo, reinó en lugar de él”; Isaías 37,38: “Un día, mientras estaba postrado en el templo de Nisroc, su dios, Adramélec y Sarecer, sus hijos, lo mataron con la espada, y se pusieron a salvo en el país de

Sin duda podríamos buscar más ejemplos. Ni siquiera las Siete Maravillas de la Antigüedad escaparon a la catástrofe y a las explicaciones religiosas consiguientes. El Coloso de Rodas, la estatua gigantesca del dios Helios construida y finalizada por Cares de Lindos en el año 293 a.C., como conmemoración de la victoria sobre los ejércitos antigónidas de Demetrio Poliorcetes en el asedio de los años 306-304, fue derribado por un terremoto que sacudió la isla en el 228. Los rodios pidieron ayuda para reconstruirlo y Polibio nos informa de los donadores y sus donativos: Hierón y Gelón de Siracusa, Ptolomeo Evergetes, Antígono Dosón y Seléuco Calínico¹¹. Estrabón menciona que un oráculo indeterminado ordenó a los rodios no reconstruir el coloso porque había sido una ofensa para Helios y el dios había causado el terremoto que había derribado la estatua, pero Polibio también afirma expresamente que la caída del Coloso fue un pretexto para la recaudación de fondos¹².

El lector podrá encontrar en este volumen monográfico una amplia variedad de catástrofes y de perspectivas religiosas en el mundo antiguo que no pretenden ser, ni mucho menos, una recopilación exhaustiva, sino reflejar esa misma variedad y, como venimos viendo, estimular el pensamiento y la posible comparación con otros posibles ejemplos, ya sean de la misma Antigüedad o, ¿por qué no?, de épocas posteriores. La diversidad de temas englobados en torno al tema central monográfico hace posible que se recopile con todos los artículos una inmensa bibliografía especializada sobre este tema y creemos que todo ello debe contribuir a hacer de este volumen una referencia útil para los estudiosos del mundo antiguo en general y para los especialistas en historia de las religiones antiguas o en catástrofes en particular.

Y ahora, es llegado ya el momento de dar comienzo a nuestro particular final de los tiempos.

Juan Ramón Carbó

Ararat. Asarhadón, su hijo, reinó en lugar de él”; Jeremías 51,27: “¡Levanten un estandarte en el país, toquen la trompeta entre las naciones! Convoquen a las naciones para la guerra santa, recluten a los reinos contra ella: a Ararat, Miní y Asquenaz. Designen oficiales para el reclutamiento, hagan avanzar los caballos como langostas erizadas”.

¹¹ Plb. V, 88.5-6; 89.1-6; 89.6-7; 89.8-9.

¹² Str., *Geog.*, XIV.5.2 [652]; Plb. V, 88.1. Agradezco a Ricardo Martínez Lacy, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, sus apuntes sobre esta cuestión.